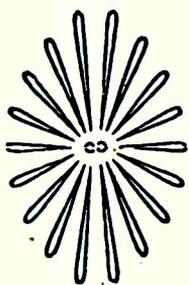


EMILIO ESTRADA.



Revisión de
HISTORIA
de



IMPRENTA «SUCRE»



HISTORIA.



I

CON el título «Jornada del 19 de Enero» ha publicado el Sr. Dr. don Emilio Arévalo una relación de los acontecimientos desarrollados en ese día, en la cual, la verdad histórica padece graves injurias.

Nada replicara, si solo una satisfacción de amor propio, vanidad ó miras políticas hubieran dictado la fabulosa relación: pero alterada la verdad histórica, con mengua de personas honorables y en puntos tan esenciales como el propio carácter político de que fué investido el Doctor Arévalo; obligados quedan, quienes de alguna manera intervinieron en esos acontecimientos, á volver por los fueros de la verdad, reparar las honras ofendidas y señalar á cada cual el rol que desempeñó.

El inconsulto regreso del señor General Plaza, con el carácter de Pacificador, medida de por sí antipolítica y los procedimientos en que para la tal pacificación puso por obra de las pocas horas que permaneció en esta ciudad, tales como la clausura de los periódicos, la prision de los periodistas, la intención audazmente espresada de fusilar á los presos y su conocida lista de proscripción, exaltaron con justicia al pueblo de Guayaquil, que desarmado presenciaba esta serie de atropellos, exitado ya por los fundados rumores de que la revolución había dominado al Gobierno.

En tal estado patológico si se me permite la frase, estalló en la mañana del 19 la noticia cierta é indudable ya, de que el señor General Alfaro había deshecho al ejército del Coronel Larrea y ocupado la capital; que las tropas comandadas por el General Franco habíanse desbandado al Norte de la capital y las mandadas en el Centro por el Coronel Andrade estaban poco menos que insurreccionadas. A esto había de agregarse que en río Daule casi en las goteras de Guayaquil se había organizado un cuerpo de tropa revolucionaria al mando de dos jefes prestigiosos, fuerza que á cada momento se engrosaba con elementos que de aquí se les enviaba, así como la invitación que se les hacía de venir á ocupar la plaza.

La resistencia que podía oponer la pequeña guarnición que quedaba en Guayaquil, fué juzgada inútil por los conocedores de la situación y que verdaderamente se ocupaban de la cosa pública; llámeseles Gobiernos ú Oposición; pero urgía desviar los esfuerzos del pacificador, so pena de dejar iniciarse en Guayaquil una de esas grotzcas escenas que conocemos con el nombre de «el toro del pueblo» y para ello lo acertado era interponerse entre el señor General Plaza y los pocos elementos de resistencia que quedaban en la ciudad.

Excepción hecha de dos ó tres empecinados, todo el país sabía que el Gobierno constitucional había desaparecido y con él, la autoridad del Gobernador del Guáyas y tras él las apócrifas facultades extraordinarias del Gobernador y las del Comandante en Jefe del Ejército del Centro General Plaza.

Nadie pensó ya en reacciones ni componendas y el señor Alfredo Baquerizo Moreno á quien no es posible negar talento, patriotismo y perfecto conocimiento de los sucesos; exitado por el Presidente del Concejo Municipal de Guayaquil, señor Carlos Gómez Rendón, llamó cerca de él, á varios liberales como César Borja, Francisco Aguirre Jado, Martín Avilés, Amalio Puga, Luis Dillon, José L. Tamayo y otros, para que juzgaran y procedieran con perfecto conocimiento de la situación.

Creyeron los citados caballeros conveniente llamar al seno de tal reunión al suscrito, quien como es notorio y á pesar de no tener ninguna significación política, ha sido el amigo inse-

parable del General Alfaro y juzgado benévolamente casi su representante en esta ciudad, durante los últimos acontecimientos políticos.

¿Qué podía significar mi presencia en semejante grupo y en semejantes circunstancias. A nadie que quiera pesar los acontecimientos en la balanza de la justicia y á la luz de un criterio desapasionado, puede ocurrírsele que se trataba de otra cosa, que de una capitulación honrosa para vencedores y vencidos. Estudiar y determinar la forma de esa capitulación fué la tarea impuesta al patriotismo de los que caían, de los que espectaban y de los que subían: que eran los elementos de que se componía la Juuta.

Como cuestión previa y á expresa solicitud de el que esto escribe, dejose sentado por el Sr. doctor Baquerizo el principio de que la combinación que discutíamos tenía el único y exclusivo objeto de que no se derramara una gota más de sangre ecuatoriana en guerra fratricida, debiendo en el acto proceder, la nueva Junta de Gobierno á entenderse con el General Alfaro; y como medios eficaces para llegar á este resultado: que el señor General Plaza había desaparecido ya y por mucho tiempo de la escena política y que don Ignacio Robles entraba en el acto á desempeñar el cargo de Gobernador del Guayas.

Además, el que suscribe fué cortéz é insistentemente invitado á aceptar el cargo de Jefe de Policía, único cuerpo que alguna fuerza efectiva representaba; decliné la honra, porque los sucesos desarrollados en el Norte y Centro de la República me parecieron tan decisivos que hacían ridícula toda oposición en Guayayuil.

No es fuera de lugar el recuerdo de la actitud del señor General García Jefe de la plaza, conecedor de sus deberes y resuelto á cumplirlos negando al General Plaza su pretendido rol en el ejército.

Con tales bases y siendo necesaria una autoridad que intimase al Coronel Andrade la rendición de su aislada tropa y á las provincias colindantes su adhesión al movimiento revolucionario, se convino en que la persona que podía hacer estas intimaciones con probabilidades de éxito pacífico, era el Dr.

Alfredo Baquerizo Moreno por el carácter que había investido encontrando en la combinaci6n, más que legalidad; conveniencia, por la agrupaci6n que en derredor de él se hacía de un personal hourado y cuyas órdenes pacíficas habrían indudablemente sido acatadas por el Coronel Andrade, los Gobernadores de las provincias colindantes, el resto de tropa veterana que guarnecía esta plaza y probablemente por los jefes del cuerpo de ejército que la revoluci6n organizaba en las riveras del Daule.

Concluida esta Junta á las once del día quedamos citados los concurrentes para asistir á las dos de la tarde á la casa de Gobierno, donde se redactaría el acta y el manifiesto del General Plaza despidiéndose de la escena política.

Allí concurrimos los citados, menos el Doctor Tamayo pero sí asistió el General Fidel García Jefe militar de la plaza.

Redujose á escrito lo acordado que consistía en que el Doctor Alfredo Baquerizo Moreno asumía el poder ejecutivo y nombraba un Ministerio compuesto todo él de liberales genuino. Redactóse también un manifiesto fiel expresi6n de los antecedentes y resoluciones tomadas en la Junta de la mañana.

Estendi6se el nombramiento de Gobernador del Guayas para el señor Ignacio Robles y redactose el manifiesto del General Plaza despidiéndose de la excena política.

Para ninguna de estas resoluciones se contó con el señor Galdos por que el Gobierno de quien él dependía había desaparecido desde el 16.

Con el General Plaza se contó exclusivamente para que firmara su despedida.

En el acto salieron al balcón del edificio que dá frente á la calle de «Aguirre», el señor Ignacio Robles y el suscrito y se dió cuenta al pueblo de la evoluci6n que acababa de realizarse. Habló don Ignacio Robles y fué unánimemente aclamado por el pueblo, pidió el pueblo la libertad de los presos políticos y el suscrito contestó que ya estaba ordenada así como autorizada la reaparici6n de los periódicos clausurados por el señor General Plaza.

El pueblo de Guayaquil aclamando á la autoridad designada por el doctor Baquerizo, expresó que en tal nombramien-

to veía la suficiente garantía de los rectos procederes de la Junta.

Conviene en este punto consignar que ninguna de las personas que concurrieron á esta junta manifestó ni insinuó siquiera una medida ó idea opuesta al predominio de la revolución; no espresándose otro deseo, ni aún por el Jefe militar de la Plaza, que el de evitar un inútil derramamiento de sangre ecuatoriana y el muy loable establecimiento de una época de conciliación entre todos los grupos que forman el partido liberal; votos que felizmente estamos todos llevando al terreno de la práctica.

El pueblo pidió al Gobernador señor Robles la libertad de los presos políticos; no ya en la noche como se había dispuesto, sino en el acto; otorgado que fue y para evitar el desorden consiguiente á la irrupción que el pueblo hacía en la cárcel, ordenó al señor Octavio Roca, nombrado ya Intendente de policía que acudiera él á la cárcel; sin embargo fué imposible evitar el temido desorden. El pueblo libertó á todos los presos sin distinción alguna y libertadores y libertados en inmensa procesión regresaron al centro de la ciudad vitoreando al General Alfaro. Coincidió esta triunfal procesión con el desorden producido en el cuartel de policía, por el infundado temor que se apoderó de los empleados de orden administrativo y del militar los que poseídos de pánico abandonaron sus puestos ó lo que es muy presumible simpatizaron con la revolución.

Producido el consiguiente tumulto y sin que persona alguna lo hubiera exitado á ese determinado paso, el pueblo se lanzó á los altos del cuartel, buscó y encontró las armas y municiones que allí se guardaban y en el tiempo que he tardado en referirlo fué dueño de la situación.

Una vez libre y poderoso, dueño absoluto de sus destinos y sin otro consejero que su criterio, quiso llegar de golpe á su aspiración y desconoció todo otro Gobierno, toda otra autoridad que la que él por su voluntad creara.

En virtud de su soberanía proclamó al señor General Alfaro Jefe Supremo de la República y por indicación del señor doctor César Villavicencio, al Dr. Emilio Arévalo Jefe Civil y

Militar de la plaza, pero no del distrito del Guayas, como posteriormente se ha aseverado hasta en documentos oficiales sin el más leve fundamento.

Al asumir el pueblo su soberanía dejó de tener razón de existencia el Gobierno precidido por el Doctor Baquerizo; y el General Plaza quedó á merced de la nueva autoridad. De pronto pensó el Dr. Arévalo conservarlo prisionero, pero en vista de los temores manifestados por el preso, le permitió embarcarse y aún lo rodeó de seguridades personales hasta ponerlo abordo del vapor «Loa» que lo condujo á Panamá.

En tanto que los caballerosos acompañantes del General Plaza, cumplían la delicada misión, el pueblo enardecido y poderoso por las armas de que disponía, se dirigió en partidas aisladas para apoderarse de los cuarteles situados en la parte occidental de la ciudad y distantes como mil doscientos metros de la Gobernación punto de donde partió el ataque.

Nadie se tomó el trabajo de prevenir á los cuarteles el desarrollo y forma de los acontecimientos, de manera que más parece que el desconocimiento que el pueblo tiene de los deberes del soldado en campaña, fué el generador de la horrible matanza.

Con pena veo que hoy son muchos los que se disputan la responsabilidad de la orden y el concierto del ataque, felizmente nadie la tiene porque en verdad nadie la formuló, y fué una temeridad anónima, pues el pueblo y solo el pueblo con ese heroísmo ciego que caracteriza la raza se fué sobre los dos cuarteles y como desgraciadamente era lógico y de estricta ordenanza militar fué recibido á balazos y rechazado de calle en calle de cuadra en cuadra hasta su punto de partida. A las 6 de la tarde las cornetas de los dos cuerpos, tocaban dianas, en la calle de Pichincha y algo más de cien cadáveres y trescientos heridos atestiguaban si; el valor indomable del pueblo guayaquileño pero también lo inútil de un ataque franco á tropas veteranas con pueblo sin otra táctica que la audacia.

Se ha dicho que la tropa asesinó al pueblo: tan grave cargo, carece de fundamento y para convencerse de ello no hay más que suponer á cada uno de los que tal cargo formulan, en

el caso del jefe del cuartel atacado y aún en el del capitán de la guardia de prevención.

¿Quién previno á la tropa que debió dejar franca la entrada? no se cometió acaso la falta de dejar al pueblo entregado á su entusiasmo y á sus fatales consecuencias, ¿Qué hubiera sido de los parques si la tropa abandona el puesto que la ley le señalaba?

Este derroche de heroismo perfectamente inútil y ese desborde popular fué lo que quizo evitar la Junta que creó el Gobierno del Doctor Baquerizo: por desgracia la rapidez con que se precipitaron los acontecimientos ahogó la prudencia é hizo sobreponerse la audacia popular. Sin duda que el desenlace fué más rápido, pero el mismo fin se hubiera obtenido con los medios pacíficos.

A las seis de la tarde las calles estaban literalmente barridas, las municiones del pueblo agotadas y la ciudad poseída de terror con la perspectiva del combate renovado al día siguiente en peores condiciones.

La tropa volvió triunfante á sus cuarteles y entonces empezó un nutrido tiroteo al aire de revólveres sin otro objeto que sostener la alarma, pues combatientes al anochecer, ya no los hubo de ningún bando.

Poco más ó menos á las ocho de la noche el señor General Fidel García Jefe militar de la plaza con un teniente y doce soldados atravesó tranquilamente la ciudad y llegó á la Gobernación cuyas escaleras subió sin encontrar la mas leve resistencia, iba en busca de la autoridad nombrada por el pueblo para entregarle la plaza. Después de algún rato salió el Doctor Arévalo y convino amistosamente en aceptar la ofrecida entrega de los cuarteles.

A las once de la noche ocurrió un incendio y el cuerpo de Bomberos con sus jefes y oficiales salió no obstante el tiroteo de revolver que en todas direcciones se cruzaba. Dos de sus miembros pagaron con la vida ese acto de abnegación. ¿De dónde partieron los disparos que ultimaron á esos valientes é hirieron á otro: evidentemente de los cuarteles no; por que ambos habían replegado sus guerrillas á las respectivas prevenciones un poco despues de las seis de la tar-

de. Creo más lógico, y por qué no decirlo, mas digno, suponer que esos tiros fueron de los muchísimos de revolver y alguno que otro de rifle, que durante toda la noche estuvieron haciendo los trasnochadores.

Cerca de la media noche ocurrió otra alarma, un proyectil había roto la cañería de gaz en el portal de la casa del Doctor Eduardo López y determinado en el acto la combustión del gaz que por el hueco escapaba, nuevamente y con la abnegación sin límites que ha sido el distintivo del cuerpo de Bomberos de Guayaquil, salió este y sofocó el naciente incendio, no sin que otro bombero cayera herido de bala.

Pocos momentos después de esta alarma fui llamado por el señor Pedro Valdez M., caballero muy conocido y estimado en la localidad, quien me informó de la grave novedad de que el señor M. Rivadeneira, jefe del batallón número 1.º se negaba á la entrega de su cuartel, si á recibirlo no se presentaban los señores Ignacio Robles, Luís A. Dillon y el suscrito.

Temeroso de que tal resolución implicara un desconocimiento de la autoridad del doctor Arévalo y no queriendo que entre liberales se produjera una escisión tan grave, me reuní en las primeras horas de la mañana con el señor Dillon (el señor Robles no había sido prevenido) y fuimos á donde el Dr. Arévalo á quien expusimos el aviso recibido y el deber que teníamos de recibir de él, las órdenes del caso. Entónces el doctor Arévalo agradeciendo nuestro porte y sin adjuntarnos ningún otro comisionado como equivocadamente lo asevera, nos autorizó para que fuéramos á tomar posesión de los dos cuarteles en momentos que sonaban ya algunos disparos aislados

El señor Luis A. Dillon, un hijo mío y el suscrito, nos dirigimos al cuartel del número 1.º en cuya puerta de prevención encontramos al señor M. Rivadeneira dando órdenes y siendo obedecido; ciertamente, allí estaba el señor Coronel Centeno, pero entiendo que en calidad de huesped.

Al vernos el Coronel Rivadeneira nos preguntó delante de Centeno si íbamos á recibir el cuartel, contestado afirmativamente, reclamó salir él y sus oficiales con los honores de la guerra, puesto que no había sido vencido ni rendido y que con

ellos debían salir sus equipajes, caballos, &, tal como se verificó sin que nadie hubiera contradicho ni una sola de las órdenes que yo dí, porque en tales momentos no lo hubiera consentido. Cuando el señor Rivadeneira salió, dejé el cuartel á cargo del señor Coronel Centeno y dos jefes subalternos, cuyos nombres no recuerdo en el momento.

De ese cuartel nos dirigimos al de Artillería, cuya guarnición se nos dijo, no quería rendirse, felizmente la noticia era falsa: al llegar á sus puertas vimos al mayor Salas al frente de su cuerpo de guardia, la que inmediatamente nos fué entregada por él. Allí licenciamos á un considerable número de reclutas y designamos al Coronel Pedro J. Pombar para que se hiciera cargo de la Brigada como primer jefe, al mayor Legarda como segundo, y al propio mayor Salas como tercero.

De allí nos dirigimos á la Gobernación donde dimos al doctor Arévalo cuenta minuciosa del desempeño, expresándole los nombramientos que con el estricto carácter de interinos habíamos hecho, contando con que él, el doctor Arévalo los renovarí­a de la manera más conveniente.

Es pues contraria á la verdad toda la relación que el doctor Arévalo hace sobre la entrega de los cuarteles y es tanto más sensible este apartamiento de la verdad, cuanto que el doctor Arévalo no ha necesitado de ese ruin medio para poner de relieve su obra patriótica.

No hay razón alguna para desconocer el importante servicio prestado por el doctor Arévalo al País y al partido liberal, poniéndose él al frente de una situación difícil y erizada de peligros personales y tanto más se hace recomendable ante la historia este paso del doctor Arévalo, cuanto que contra lo que se esperaba y aparte de un desborde momentaneo contra una familia, la ciudad no presenci­ó los excesos consiguientes á una tan rápida y violenta evolución, debido á la firmeza y prudencia con que él los contuvo en el momento preciso.

Además, en muy contadas horas organizó el doctor Arévalo, una administración bastante regular no obstante el complicado mecanismo de ella, en un puerto de la importancia de Guayaquil.

Perdóneseme el molesto Yo que algunas veces he tenido que emplear, mas para la claridad del relato que para hacer palpable mi participación, insignificante siempre, en estos acontecimientos, poco ó nada me ha gustado ocupar la atención pública y si alguna parte he tomado en algunos de los sucesos relatados ha sido empujado por las circunstancias y convencido de que el deber de todo ecuatoriano es acudir al puesto que esas circunstancias le designen aunque ese puesto sea superior á sus facultades.

No ha tenido acierto el doctor Arévalo al relatar el incidente de la capitulación de Riobamba, para la que sí hizo lujo de imprevisión primero y de inútil estrépito en esta ciudad cuando se creyó perdida á la comisión.

Felizmente la ocupación de Quito y el pronunciamiento de Guayaquil daban á los comisionados bastante fuerza moral para obtener de por sí la capitulación que el doctor Arévalo asevera firmó él en esta ciudad. Esa capitulación fué suscrita en Riobamba por los comisionados y por un acto de deferencia al señor Gobernador de esa provincia accedió la comisión á que fuera ratificada por la autoridad de Guayaquil.

Esta es la verdad histórica

EMILIO ESTRADA.

Guayaquil, Abril 19 de 1906.